

## IL MATTINO ILLUSTRATO



UN EPISODIO DEL MARTIRIO DEI SACERDOTI SPAGNUOLI — Un professore al Seminario di Toledo, trascinato innanzi al plotone di esecuzione, volle conoscere il miliziano che doveva trucidarlo; gli si avvicinò e, baciandolo sulla guancia, disse: "Fratello, ti perdono". Quindi offrì il petto alla mitraglia..... (disegno di ALVARO GIORDANO)

## VÁZQUEZ CAMARASA, EL CURA “TRAIDOR” A LOS DOS BANDOS

Enrique Sánchez Lubián

Consolidado el encastillamiento del coronel Moscardó en el Alcázar de Toledo, el gobierno de la República intentó en varias ocasiones conseguir la rendición de los sediciosos o al menos lograr que las mujeres y los niños fueran evacuados de la fortaleza. De estas intermediaciones, las más relevantes fueron protagonizadas por el comandante Vicente Rojo, antiguo profesor de la Academia toledana y amigo personal de un buen número de los sublevados, el sacerdote Vázquez Camarasa y el embajador de Chile en España, Aurelio Núñez Morgado. Ninguna de estas tentativas consiguió su objetivo y su fracaso fue utilizado por el aparato pro-



*El asedio del Alcázar se convirtió en el episodio bélico de mayor contenido propagandístico de la guerra civil en Toledo. En las imágenes, grupo de milicianos agazapado tras unos parapetos en la Cuesta de las Armas hostigan a los encerrados en la fortaleza militar y personal de la Cruz Roja retirando a un herido por calle de Santa Fe.*

pagandístico de ambos bandos, bien para resaltar la felonía, o el valor, de los rebeldes, o defensores, del Alcázar según la ideología imperante en cuantos han escrito sobre estos episodios.

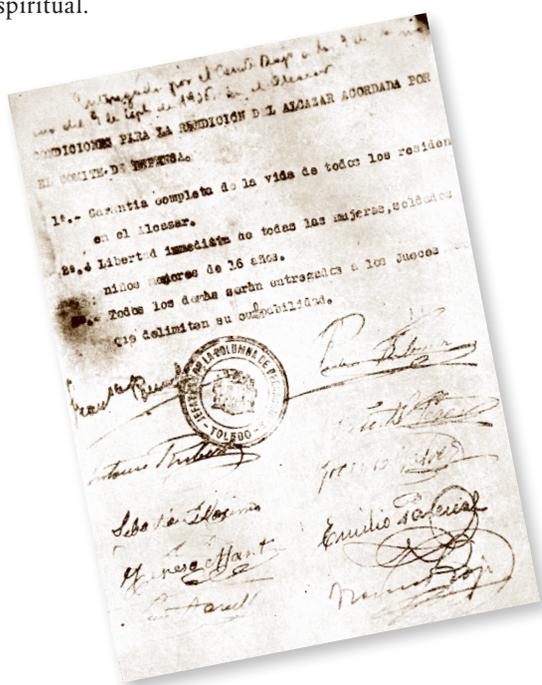
Abordamos en las siguientes páginas la intermediación protagonizada por el religioso Enrique Vázquez Camarasa, magistral de la Catedral de Madrid, el día 11 de septiembre de 1936, cuya actitud fue duramente criticada por sectores próximos a los defensores del Alcázar, tildándole de “cura rojo” e intentando desprestigiarle personalmente. Diez días después de su mediación se exilió en Francia, donde hizo varios intentos por justificar la encomienda que le llevó hasta Toledo, congraciarse con los franquistas y regresar a España. No lo consiguió y lejos de alcanzar ese objetivo su nombre se convirtió en sinónimo de traición, ahora también, para algunos adictos del otro bando.

En la primavera de 1946, Vázquez Camarasa falleció en Burdeos. Unos años antes había entregado al doctor Marañón, también refugiado en París, unas notas sobre cómo había acontecido su destierro y el manuscrito del borrador de un libro donde relataba los pormenores de cuanto ocurrió en las tres horas que permaneció en la fortaleza toledana junto a los sediciosos y cuales fueron sus sentimientos en aquella dramática jornada. Ese texto, setenta y cinco cuartillas, lleva por título “Mi intervención en el Alcázar de Toledo”, habiendo permanecido parcialmente inédito durante décadas, a pesar del interés que encierran sus líneas para contrarrestar el desprecio con el que su figura fue tratada desde el bando de los vencedores de nuestra guerra civil.

La intermediación del comandante Rojo se desarrolló en la mañana del nueve de septiembre. Era viejo conocido de los encerrados. Había sido profesor de Táctica en la Academia, disfrutando en Toledo de unos felices años profesionales y familiares. Junto al capitán Emilio Alamán, uno de los mandos que acompañaban a Moscardó, habían alentado la Colección Bibliográfica Militar, que pasa por ser uno de los empeños editoriales más emblemáticos y singulares relacionados con la formación castrense en nuestro país. Rojo presentó a sus antiguos

ARCHIVO SECRETO, núm 5 (2011) p. 206-219

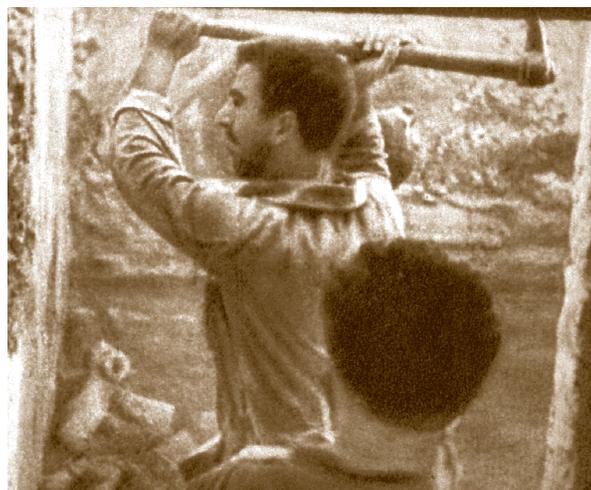
compañeros una propuesta de rendición elaborada por el Comité de Defensa de Toledo. La misma contemplaba tres condiciones: garantía completa para cuantos se hallaban en el Alcázar; libertad inmediata para las mujeres, los niños y los hombres menores de 16 años; y puesta a disposición de los jueces para todos los demás, a fin de determinar su culpabilidad. Moscardó rechazó el ofrecimiento, significando a Rojo que “la defensa del Alcázar y de la dignidad de España proseguirá hasta el último extremo”<sup>1</sup>. Al salir de la fortaleza, Rojo llevaba junto a esta negativa una súplica para el gobierno de Madrid: que se dejase entrar a un sacerdote decidido a permanecer junto a los sitiados para prestarles asistencia espiritual.



Condiciones para la rendición entregadas por el comandante Rojo al coronel Moscardó.

Las autoridades republicanas accedieron a ello, eligiendo para tal cometido al magistral de la Catedral de Madrid, Enrique Vázquez Camarasa, pero con el matiz de que solamente podría permanecer en el Alcázar durante tres horas, condición que alertó a las gentes de Moscardó, quienes intuyeron que el sacerdote no solamente acudiría con la misión de confortarles sino también con una nueva propuesta de rendición o intermediación.

Treinta años después de aquella jornada, el pintor Luis Quintanilla, quien en 1936 era destacado militante del Partido Socialista, relató en su libro *Los rehenes del Alcázar*, que este sacerdote se encontraba refugiado en la Comandancia de Milicias del Frente Popular en la calle Ríos Rosas de Madrid. El artista relata que él personalmente le comunicó la misión que debería realizar en Toledo, desglosándole los detalles durante el traslado a la capital del Tajo: “Padre —escribe—, debo explicarle que se están terminando dos minas debajo del Alcázar, y la carga de dinamita que les pongan será para destrozor media fortaleza. En los sótanos del edificio hay secuestrados como rehenes unas 550 personas entre mujeres y niños. Figurémonos lo que les sucederá con la explosión [...] Padre, cumplirá usted la más alta misión sagrada y humanitaria pidiendo que dejen salir a esas inocentes criaturas; ya han sufrido bastante”<sup>2</sup>. Con semejante desasosiego, el sacerdote llegó a Toledo y durmió aquella noche en las ocupadas dependencias del Hotel Castilla, esperando a que el reloj diese las nueve de la mañana del día 12 de septiembre, hora en que sería conducido hasta el interior del Alcázar.



A mediados de agosto comenzó la excavación de los túneles para colocar la mina bajo el Alcázar.

### UN ORADOR RECONOCIDO POR ALFONSO XIII

Enrique Vázquez Camarasa había nacido en la localidad pacense de Almendralejo el 9 de marzo de 1880. Estudió Humanismo en el Seminario de Badajoz, completando su formación en la Universidad Pontificia

de Comillas. El 18 de septiembre de 1907 fue ordenado sacerdote y en febrero de 1915 le nombraron magistral de la Catedral de Madrid, dignidad que hasta entonces ostentaba en Astorga. Su carrera eclesiástica pronto fue reconocida en la capital de España, al ser nombrado por el Papa director nacional de la Obra de la Propagación de la Fe. Alfonso XIII le designó Capellán de Honor y predicador del Rey, alcanzando gran fama y reconocimiento como orador y conferenciante. Son numerosas las referencias que se encuentran en la prensa madrileña a sus sermones y celebraciones religiosas. En junio de 1915, por ejemplo, en *La Correspondencia de España* se insertaba un suelto sobre la clausura de la Asamblea Diocesana celebrada en el Palacio Episcopal de Madrid, en cuya sesión intervino, destacándose que su *portentosa palabra* arrebató al auditorio que le colmó con extraordinarios y entusiastas aplausos<sup>3</sup>. Su elocuencia también era bien conocida en Toledo, donde había predicado un triduo en honor de Santa Teresita durante la Cuaresma de 1935 en la Iglesia de los Padres Carmelitas.

Fue el encargado de realizar las oraciones fúnebres dedicadas a Benedicto XV y a Antonio Maura. Era autor de ensayos como *Necesidad de hacer estudios para informar a la Ciencia del pensamiento en Santo Tomás de Aquino*, *La autoridad doctrinal de la Iglesia Católica*, *La conquista de Granada*, *La idea de libertad*, *La Cátedra Sagrada* y sobre la encíclica *Humani Generis Redemptionem*. En reconocimiento a su prestigio, en el año 1919 el Ayuntamiento de Almendralejo dio su nombre a la calle Harnina donde estaba su casa natal y también el colegio del Convento de la Concepción, que desde ese momento comenzó a ser conocido como "Escuelas Vázquez Camarasa".

Al estallar la guerra civil, según su propio testimonio, en la mañana del 20 de julio hubo de abandonar su domicilio mientras las llamas comenzaban a devorar la Catedral de San Isidro. Buscó refugio en los hogares de diferentes conocidos. Cuenta que el día siete de septiembre un grupo de milicianos fue a buscarlo a su casa, situada frente al templo incendiado, recurriendo él a una antigua amistad<sup>4</sup> con la intención de abandonar la capital. Pocas

horas después un grupo de guardias de asalto le trasladó al cuartel de milicias antes citado en calidad de refugiado, donde le reclutaron para su visita pastoral a Toledo.

Llegada la hora de cumplir su misión, Vázquez Camarasa fue acompañado hasta las inmediaciones de la Puerta de Carros del Alcázar. Iba vestido de paisano, portando en sus manos un crucifijo y un breviario en el bolsillo de la chaqueta. Al pie de las ruinas fue recibido por el comandante Villalba, quien le vendó los ojos y le condujo ante la presencia de Moscardó. Durante el tiempo que permaneció en el interior de la Academia militar confesó a numerosas personas, dio el sacramento del bautismo a dos pequeños, ofició una misa, ofreció la comunión a quienes estaban en condición de recibirla, confortó a algunos de los heridos y exhortó una absolución general para todos los encerrados.

Hasta aquí, los numerosos testimonios sobre el episodio coinciden en líneas generales, surgiendo las divergencias al abordar el tenor del contenido de las palabras que pronunció en el interior del Alcázar. Unos las vieron cargadas de sesgo dramático que pretendía minar la moral de los encerrados y otros como llamada cristiana para evitar muertes inútiles. El propio Camarasa



El padre Camarasa, de paisano, junto al comandante Luis Barceló, ambos en el centro de la fotografía.

sa reconoce que entregó a Moscardó una papel con una serie de instrucciones para la evacuación de las mujeres y niños, pidiendo al coronel que estudiasen durante unas horas el ofrecimiento. Lo que nadie niega es que cuando don Enrique salió de la fortaleza se encontraba bajo una honda impresión por cuanto había visto allí. Gráficamente, en las páginas de *El Socialista* se afirmaba que debido a su ánimo conturbado “no acertaba a coordinar la breve historia de su estancia en el Alcázar”. Luis Quintanilla relata que bajando entre los escombros el padre le miraba con la expresión de un sonámbulo, apoyándose en su brazo y, como despertándose de una pesadilla murmuraba: ¡*Dantesco, dantesco!* ... El corresponsal de *Paris-Soir*, Louis Delaprée, escribió en su crónica que al salir de la entrevista el padre Camarasa no era el mismo que cuando entró: “Ha envejecido varios años y los labios tiemblan. Yo no sabía lo que era un hombre pálido hasta que le he visto”<sup>5</sup>.

El dirigente socialista cuenta que en el automóvil que les devolvió a Madrid, el sacerdote viajó sentado a su derecha. “Don Enrique me miraba sin ocultar su emoción. Parecía un hombre derrumbado por su esfuerzo descomunal. Yo le hablé suavemente animándole y razonándole que no era culpa suya si fracasó en su intento principal. Lentamente, como el que siente la imperativa necesidad de descargarse un peso que le abrumba, me fue diciendo en voz baja a mi oído lo que le había sucedido y hecho”. De regreso a la capital, el sacerdote volvió a refugiarse en la Comandancia de Milicias de la calle Ríos Rosas.



El pintor Luis Quintanilla relató pormenorizadamente en 1967, desde el exilio, su participación en la mediación protagonizada por el magistral Vázquez Camarasa.

Los periódicos controlados por el bando republicano no regatearon espacio para resaltar la obstinación de los rebeldes a aceptar una nueva oferta de intermediación del Gobierno. Es innegable la utilización propagandística que se quería hacer de ello. La doctora Luisa Marco Sola, autora del trabajo *El factor cristiano. Católicos y sacerdotes antifranquistas en los medios republicanos*, apunta que los noticieros audiovisuales de la época dieron especial cobertura a la entrada del padre Camarasa en el Alcázar. Así, apareció en reportajes de British Movietone News (21 de septiembre

de 1936), bajo el título de *Spain. Fall of San Sebastián and grim story of Toledo Alcázar*<sup>6</sup>, Gaumont British News (21 y 28 de septiembre) y Pathé Journal (también en septiembre).

En las páginas de *El Socialista*, se consideraba que tras la visita del magistral la rendición del Alcázar sería inminente, dándose cuenta que en pocas horas los rebeldes deliberarían sobre la procedencia de poner en libertad a las mujeres, a los niños y a los ancianos. “Son las últimas horas —se añadía— de un episodio a punto de liquidarse. Si de la deliberación prometida sale la libertad de mujeres y niños, la rendición del Alcázar será un suceso más o menos sangriento de la contienda; si por el contrario, se niegan a ello y siguen amparándose en estos rehenes que a la fuerza llevaron al Alcázar, la crueldad de quienes así procedan pasará a la Historia con la maldición universal”<sup>7</sup>.



Estado interior del patio del Alcázar tras dos meses y medio de lucha.

En su número del 13 de septiembre, la edición madrileña de *ABC* titulaba: “Los rebeldes del Alcázar se niegan a que sean salvados las mujeres y los niños”. Se informaba de que Moscardó había resuelto continuar la resis-

tencia, argumentando que no había nada que hablar sobre la proposición de Vázquez Camarasa. "La obstinación que se adivinaba entre los facciosos del Alcázar toledano —se lee en el diario— ha tenido su confirmación. Desgraciadamente, los optimismos de aquellos que confiaban en que alentase un sentimiento de humanidad en los pechos de los militares rebeldes no han sido confirmados. La soberbia y la obstinación continúan siendo el norte y guía de los fascistas que se alzaron contra la Patria. De nada sirve que tengan la certeza de su total y definitivo aplastamiento. Continúan encerrados entre las ruinas de lo que fue Academia militar y esperan, sin duda, que la muerte se la dé una bala de cañón, ya que ellos carecen del valor necesario para confesar su derrota".

En términos similares se pronunció el Comité de Defensa de Toledo, que el día 11 de septiembre hizo pública una nota dando cuenta a la población del fracaso de las gestiones realizadas por Vázquez Camarasa, añadiendo que "la impresión dominante sobre la negativa para la humana libertad de los seres indefensos, es que el jefe faccioso no dio cuenta a nadie de los propósitos del Gobierno, no habiendo, por tanto, deliberación, y siendo la respuesta dada por él mismo la manifestación de un cruel e inhumano criterio personal". En apoyo a esta tesis, en diferentes periódicos se recogieron en los días siguientes declaraciones de un grupo de evadidos de la fortaleza tras la visita del magistral en las que manifestaban que Moscardó no consultó con nadie su decisión de no acceder a la liberación de las mujeres y los niños, así como que la opinión mayoritaria de los asediados era entregarse. En alguna publicación, incluso, se llegó a afirmar que aprovechando la estancia del padre Camarasa en el Alcázar, una mujer y un niño pretendieron fugarse a la carrera de las ruinas, siendo su intento abortado por los disparos de unos cadetes que siguiendo ordenes de Moscardó los abatieron<sup>8</sup>.

#### MOSCARDÓ: EL OBJETIVO DE CAMARASA ERA APRETAR MI CONCIENCIA

En su *Diario de Operaciones*, el coronel Moscardó no dedicó especial atención a la visita del sacerdote: "Durante su estancia dijo la Santa Misa, ofreció la comunión después de dar la absolución general a los que no habían comido nada y a los heridos y enfermos. A las doce se marchó con las formalidades reglamentarias". En las páginas de *El Alcázar*, la publicación que realizaban a

ciclostil los encerrados, tampoco se dio un sesgo dramático al episodio:

*Con motivo de la asistencia del último parlamentario que visitó nuestro glorioso Alcázar, nuestro coronel indicó que desearía que al igual que el resto de las fuerzas de nuestro glorioso ejército tuviésemos la debida asistencia religiosa y que si había algún sacerdote que quisiera ejercerla viniese para ser nuestro Capellán, el Gobierno de Madrid dejó que por el espacio de tres horas pudiéramos disponer de un sacerdote y aun cuando ésta no era la aspiración del mando puesto que ella significaba lo que era y será con nuestro triunfo tradición en nuestro Ejército de disponer entre sus servicios de religioso, ello nos ha consentido hoy tener unos actos alegres y consoladores como han sido la celebración de la Santa Misa y el haber podido comulgar nuestros heridos y las personas que no habían comido y asistían al Santo Sacrificio, la nota ha sido emotiva, consecuencias de la fe de los que han participado en los actos, que han sido todos, pues los que como consecuencia de los servicios o de insuficiencias del local no han podido hacerlo personalmente, han tenido asistencia en espíritu, y según dice el sacerdote celebrante lucraban las mismas gracias de los que han tenido la dicha de asistir; una alegría inmensa y un aliento más para reforzar el de nuestros ideales y una fraternidad más estrecha entre todos para unirmos con los lazos más sólidos: los de la fe y el patriotismo. Terminó el acto con la nota de alegría de dos bautizos. Un día de los muchos que vivirán perennes en nuestro recuerdo y un acrecentamiento en nuestra gratitud para esa amorosa Providencia de Dios que tantas veces se nos muestra a través de nuestros esfuerzos y luchas por los intereses de Dios y e España<sup>9</sup>.*

De forma parecida se pronunció uno de los testigos de lo acontecido, el comandante Alfredo Martínez Leal en su libro *El asedio del Alcázar de Toledo*, escrito en 1937 señalando que tras la celebración de la misa y el bautismo de los pequeños los alcazareños sentían que había sido un día *grandioso y espiritual*; añadiendo: "En los semblantes de los fieles se refleja la intensa alegría de estar preparados, si así lo dispone la divina Providencia, para recibir la muerte con la satisfacción del que cumple los deberes cristianos"<sup>10</sup>.

En las cartas que Moscardó escribió durante su encierro a su esposa, María de Guzmán Palanca, tampoco realizó ningún comentario del que pudiera deducirse

contrariedad por la visita del sacerdote, sino todo lo contrario: “Tengo la esperanza —escribió el día 12 de septiembre— de que hoy haya ido a verte el P. Camarasa que ayer estuvo aquí, quien me prometió ir a verte personalmente y llevarte una carta que le entregué [...] Por el P. Camarasa sabrás la entrevista de ayer, que oímos misa y confesé y comulgué y que seguimos decididos a no rendirnos, pase lo que pase”.

Tras la liberación del Alcázar, la intervención de Vázquez Camarasa comenzó a ser objeto de severos juicios por parte de los sediciosos, convirtiéndolo en objeto de ataques y descalificaciones, que se mantuvieron durante mucho tiempo. La épica bibliografía editada en la zona franquista durante los dos últimos años de la guerra puso especial énfasis en contribuir al descrédito de este sacerdote, siguiendo una línea argumental definida. No solo se cuestionó su intervención, sino que trató de desprestigiarle ante la opinión pública, llegando a escribirse que de camino al Alcázar, Vázquez Camarasa no dudó en levantar el puño cerrado y gritar ¡viva la República! al pasar junto a un grupo de milicianos y curiosos que le jaleaban, actitud que el propio sacerdote

desmintió en su escrito, afirmando que lo único que levantó fue un crucifijo, “ni la multitud me aclamó, porque en aquel momento no había multitud; éramos siete u ocho”. Y desde algunos diarios se dijo que jamás volvería a deshonrar un púlpito en España, cuestionándose además los motivos por los que habría sobrevivido en Madrid, cuando otros muchos religiosos ya habían sido asesinados.

El capitán Emilio Alamán, según Rafael Casas de la Vega en su

libro *El Alcázar* (1976), testimonió para la Causa General que vio llegar a Camarasa “con su flamante traje azul marino, con el pelo planchado a base de fijador, camisa y corbata elegantes y zapatos bien lustrados”. Añadien-

do que cuando Moscardó le preguntó por la situación en Madrid le engañó, diciendo que “era casi normal, pues aunque había colas, eran pequeñas y, por tanto, poco duraderas; que las Iglesias estaban precintadas y respetadas y que a él le saquearon la casa, pero que al día siguiente, sin hacer ninguna gestión, le devolvieron todo y le pusieron en su domicilio un cartel con la inscripción “Protegido por la CNT”, y que los milicianos que le acompañaron lo trataron con respeto aún sabiendo su calidad de sacerdote”.

En 1937, el jesuita Alberto Risco publicó en Burgos el libro *La epopeya del Alcázar de Toledo*, uno de los textos laudatorios de la peripecia vivida por los sublevados contra el gobierno de la República de mayor éxito. Cuenta que había hablado con Moscardó sobre el episodio de Vázquez Camarasa, exasperándose el militar con los siguientes comentarios: “¡Mi conciencia, mi conciencia! ¡Cómo apretó sobre ella aquel sacerdote! ¡Mi conciencia durante el asedio todo! ¡Toda la responsabilidad del mando y de las más insignificantes decisiones pesaba sobre mi conciencia! No quise declinarla sobre nadie. Cuando me sentía atribulado, me iba a la capilla y vertía mi corazón a los pies de la Virgen Inmaculada. Ella me decía que iba bien, que no podía hacer otra cosa de lo que estaba haciendo. ¿Cómo entregar a la ferocidad marxista aquellos seres inocentes, que me habían entregado, más que su vida, su honor y su pureza para que las guardase en aquel relicario?”<sup>11</sup>.



Dibujo realizado por una de las niñas encerradas en el Alcázar.



El coronel Moscardó confesó al jesuita Alberto Risco, que su encuentro con el padre Camarasa le ocasionó constantes problemas de conciencia. (Foto Associated Press).

En ese mismo año de 1937, Joaquín Arrarás y Luis Jordana de Pozas publicaron en Zaragoza *El sitio del Alcázar de Toledo*. Para relatar la visita del padre Camarasa recurrieron a unas declaraciones que el teniente coronel de la Guardia Civil Pedro Romero Bassart, verdadero estratega de la concentración en la fortaleza de las fuerzas rebeldes a la República, había realizado el 6 de octubre de 1936 a *El Norte de Castilla*. Según sus palabras, el magistral "nos dirigió una plática que produjo en todos una impresión deprimente. Quizá —se añadía— no pueda componerse una oración más derrotista para acabar con el espíritu de unos valientes. El doctor Camarasa nos daba por muertos, y nos veía como si nos hallásemos ante el tribunal de Dios para rendir cuentas de nuestras vidas. Misa inolvidable y sermón que hizo en nosotros un estrago moral tan grande como el que materialmente nos hacían las granadas y las bombas"<sup>12</sup>. Estos mismos autores lamentaban que en una entrevista concedida por el magistral a *Le Figaro* a los pocos días de su llegada a París, en ningún momento hiciese alusión al heroísmo de los sitiados, mientras afirmaba que a lo largo de la historia los españoles habían demostrado ser una raza de guerreros y "en nuestra sangre corre el virus de la lucha y de las batallas", no extrañándose de que ese instinto hereditario y salvaje hubiera conducido a ciertos clérigos a "coger la pistola, cuando en sus manos no debieran llevar más que el crucifijo"<sup>13</sup>.

En sintonía se encuentran otros textos de la época, como *La epopeya del Alcázar* (1937) de Muro Zegrí, donde se dice que las palabras de Camarasa produjeron "efectos profundamente desmoralizadores, o, mejor dicho, descorazonantes, y muchos tuvieron que echar mano de su profunda fe cristiana y de todas sus energías morales para no caer en el desaliento o intentar un acto de violencia"<sup>14</sup>. En *Florón el máspreciado: Alcázar de Toledo*, publicado en 1940 dentro de la colección infantil "La Reconquista de España", El Tebib Arrumi (seudónimo del médico Víctor Ruiz Albéniz) recrea las intervenciones de Camarasa —"hombre revestido de la absurda doble jerarquía de enviado de Dios y emisario de los enemigos de la Religión"— ante Moscardó con estas palabras: "Ya habéis hecho más de lo que debías, y usted, mi Coronel, que ha salvado el honor de su uniforme con creces, tiene el deber de pensar en la responsabilidad que incurre si deja morir a todos los que le rodean en esfuerzo completamente inútil. Si ahora mismo murieseis, todos iríais derechos a la presencia del Señor, porque

con vuestro sacrificio heroico ya habéis conquistado el perdón de vuestras culpas. Pero, lo repito, tenéis que pensar en esas pobres mujeres, tenéis que pensar en esos cincuenta niños que os rodean. ¿Para qué continuar una resistencia absolutamente inútil? ¿Para qué aumentar el dolor de esta ya inmensa tragedia?". Más adelante, al referirse a la homilía del magistral, el autor afirma que en la misma sobran alusiones a la muerte segura, a las torturas del infierno y "a la anómala situación del alma de quienes van a una muerte cierta, casi casi calificable de suicidio"<sup>15</sup>.



Mujeres, niños y heridos en uno de los pasadizos subterráneos del Alcázar.

El contenido de estos textos refrendaba en el ámbito literario y panegírico las declaraciones que Moscardó, ya ascendido a general de División y jefe del Cuerpo del Ejército de Aragón, hizo el 5 de julio de 1939 en su cuartel general de Cuenca, para ser incorporadas a la Causa General. El testimonio evidencia la animadversión del militar ante la figura de Camarasa y su visita a Toledo combinando el relato de lo sucedido en aquellas tres horas con intencionados juicios de valor sobre la actitud del sacerdote: "Una vez terminada su misión espiritual —relata Moscardó—, volvimos al despacho y entonces descubrió el verdadero motivo que llevaba, pues dijo, entre otras cosas, que comprendía nuestra actitud defendiéndonos de los ataques de los de fuera; pero no comprendía el porqué las mujeres y los inocentes niños, ajenos a toda culpa, tenían que soportar los riesgos y las privaciones del asedio, y al comprender claramente

su intención de atacar a mi conciencia por este hecho y ver si así se podía poner en libertad a mujeres y niños (objetivo que llevaba, como misión principal, al Alcázar), mandé llamar a una mujer, la que habló en nombre de todas, diciéndole que se encontraba muy bien entre caballeros y defendidas por éstos y que la suerte de ellas estaba unida a la de ellos, fuese cual fuese la solución del asedio; y ante estas rotundas y valientes declaraciones, tuvo que convencerse que por ese lado no sacaría ningún provecho [...] <sup>16</sup> Se le enseñó el patio para que viese su estado, y quedó profundamente impresionado al ver cómo se encontraba, manifestando que de ello tenían tanta culpa los que nos defendíamos como los que atacaban, frase inoportuna y antipatriótica, que se le toleró por ser quien era; pero que descubría sus pensamientos íntimos de simpatía a la causa que nosotros combatíamos, como también los dejó traslucir al manifestar que la labor de quitar el veneno infiltrado en las masas sociales sería labor de varias generaciones”.

Con motivo de la muerte de Moscardó, en abril de 1956, el periodista José de las Casas Pérez relató en *ABC* una conversación que años atrás había mantenido el general con algunos compañeros defensores. En la misma, como no podía ser de otro modo, se abordó la intermediación de Camarasa: “Le presté —dice el redactor en palabras de Moscardó— todas las facilidades para que cumpliera sin limitaciones sus deberes religiosos, pero no les oculto a ustedes que le advertí con la mayor energía que de ninguna manera se permitiría derrumbar la moral de los sitiados: Denos usted a todos la absolución colectiva y tenga presente que la palabra rendición no se pronuncia aquí”. Y añadía De las Casas que con *emocionante modestia*, el general dijo a sus compañeros: “Cualquiera de vosotros hubiese hecho lo mismo que yo en idéntico trance. Hace cincuenta años aprendimos que el oficial que defiende una posición, la defenderá hasta el fin. Eso fue, sencillamente, lo que hice” <sup>17</sup>.

#### EXILIO, ARREPENTIMIENTO Y MUERTE EN FRANCIA

Mientras tanto, a los pocos días de su entrevista con Moscardó el sacerdote consiguió un pasaporte del Ministerio de la Guerra para marchar a Bruselas, a donde viajaba todos los veranos y donde se encontraba como embajador de la República Ángel Osorio y Gallardo, reconocido católico. El 22 de septiembre inició su exilio y desde Francia comenzó una campaña personal orientada a justificar su intervención ante los encastillados en

Toledo y a tender puentes con los dirigentes golpistas. El 21 de marzo de 1937 publicó en el diario *L’Echo de París*, alineado con el bando franquista, un extenso artículo bajo el título de “Mi misión en el Alcázar de Toledo”, que fue reproducido en varios periódicos nacionales y de Italia y Ginebra, entre ellos en *El Alcázar* del día 28. Afirmaba que ningún sacerdote podía tener convivencia con las doctrinas marxistas y comunistas, ni con aquellos que querían matar en España los ideales religiosos, los sentimientos nacionales y los principios de la civilización. Sobre la cuestionada finalidad de su visita al Alcázar afirmaba:

*Se ha dicho que —además de mi misión sacerdotal— estaba encargado de proponer la rendición bajo la forma de la evacuación de las mujeres y los niños. Afirmo que nadie me encargó de esa misión, y que si se me hubiera propuesto la habría rehusado, aún arriesgando mi vida, porque la consideraba y sigo considerando completamente extraña a mi ministerio. Nunca se trató de rendición, en el sentido militar de la palabra. Lo que sí acepté fue proponer la evacuación de las mujeres y de los niños, porque no creía incompatible esa proposición con mi carácter sacerdotal. Si hubiese visto algo ajeno a este carácter, o que hubiera sido ofensivo o deprimente para los héroes del Alcázar, nunca hubiese aceptado el encargo.*

Con la redacción de este artículo, el magistral comenzó a pergeñar su defensa contra los comentarios surgidos sobre la intermediación. Manifestaba que de no haber aceptado la invitación de ir a Toledo su vida hubiese corrido peligro y que una vez junto a los sediciosos no descartó la idea de unirse a ellos y que si no lo hizo “fue porque había ido bajo la condición de volver, que había comprometido mi palabra y que el hecho de quedarme en contra de mis compromisos hubiera provocado terribles represalias contra los sacerdotes e incluso los civiles”. Luis Quintanilla considera que estas argumentaciones solamente buscaban el perdón de los vencedores y que hubiera sido más noble relatar lo que a él le dijo tras concluir su misión: que se esforzó por despertar la conciencia cristiana del jefe rebelde sin conseguirlo. Afirmo, también, que Camarasa siempre consideró que desde su encuentro en Toledo, Moscardó le odiaba terriblemente y esa era la causa de que no le permitiesen regresar a España.

El padre Risco, en nota al texto citado en páginas anteriores, revela haber tratado el episodio de Vázquez

Camarasa con *inmensa pena*, por los lazos de amistad que les unían. Significaba, asimismo, que el artículo publicado por el magistral en *L'Echo de París* era muy patriótico y expresión sincera del alma española de su autor. Y añadía: "Lo que sí puedo afirmar es que, si las escenas trágicas del Alcázar pudieron desorientar su criterio, opuesto al que dictaba su recta conciencia al heroico Jefe de la defensa, no es lícito aprovechar este episodio para calumniar la conducta privada del señor Magistral de Madrid. Me consta por la relación de un dignísimo Prelado que le ha visto en París, que la conducta observada por el señor Camarasa es la de un sacerdote ejemplar, de vida modesta y saturada de privaciones; que ofrece gustoso, me decía aquel Prelado, por el triunfo de la santa causa que forma el ideal de nuestro Ejército nacional". Arrarás y Jordana de Pozas también se refirieron al contenido de dicho artículo, lamentándose de que el magistral no hubiera publicado estas impresiones antes de la liberación del Alcázar o cuando menos "de que el triunfo del Ejército Nacional fuese un hecho indudable".

De su puño y letra, el padre Camarasa relató los pormenores de su exilio al doctor Marañón, republicano convencido, quien había abandonado Madrid a finales de 1936 ante la amenaza cierta de riesgos físicos para él y su familia. Estando en Francia inició un proyecto para recoger en una publicación la experiencia de los numerosos españoles que por razones políticas habían debido emigrar de España tanto ahora como en el pasado. Con fecha 17 de septiembre de 1941, el magistral le remitió desde Cozes (comunidad en el sudoeste de Francia) trece cuartillas en las que le daba cuenta de sus recuerdos, actividades e impresiones de su vida "durante esta ya larga y dolorosa emigración". En la misiva que acompañaba el texto, el magistral, pensando que Marañón regresaría de inmediato a España, le transmitía su deseo de enviar por su conducto una carta al obispo de Madrid, añadiendo que si no creía conveniente esas notas, por problemas de frontera, le entregaría un *índice de puntos* para que don Gregorio los comunicara de viva voz al prelado. "No es que no pueda ser oído y leído por todo el mundo cuanto tengo que decir al Obispo —concluía—, pero usted comprenderá que ingerencias y curiosidades extrañas cohíben la justa y legítima libertad".

El primer párrafo del relato del magistral es bien significativo de sus pesares: "Desde el 22 de septiembre de 1936 al 13 de julio de 1939 residí en París. Los dos

sentimientos que llenaron mi vida durante este largo periodo de tiempo, los dos puntos o polos entre los cuales oscilaron mis preocupaciones y ocupaciones se resumen en estas dos palabras: Esperar y Resistir. Esperar: el deseo angustioso de volver cuanto antes a mi vida normal, de ver el fin de una guerra que destrozaba la patria, que me había echado de mi hogar y que esterilizaba por completo mi actividad, avivaba mi ilusión de encontrarme en París como en una inmensa sala de espera, con la maleta preparada, dispuesta siempre a partir. Al mismo tiempo resistir: resistir el aluvión de falsedades, de noticias desagradables y de calumnias que con motivo de mi intervención en el Alcázar constantemente llegaban hasta mí. Y lo peor del caso era que no había modo de defenderse contra tanta hostilidad ni de responder a tanta mentira".

#### EL MANUSCRITO EN PODER DE MARAÑÓN

En París, Camarasa encontró ayuda en las monjas del Convento de la Asunción, donde ejercía el culto. Mantuvo amistades con algunos compatriotas que estaban en el exilio, como Emilio Herrero, antiguo jefe de prensa del presidente de la República, y el conocido político Miguel Maura. A raíz de la ocupación de las fuerzas alemanas, marchó a la ciudad de Cozes. Allí entabló amistad con un párroco local, a quien ayudó en sus labores apostólicas y le introdujo entre la vecindad, conviviendo con ellos en los duros años de la ocupación alemana. Luego marchó a Arcachón, Moulleau y Burdeos, donde pasó los últimos años de su vida. En esta ciudad coincidió con el padre Manuel Mendiola, sacerdote vasco, presbítero de la iglesia de Notre-Dame, que también sufría destierro, quien le acogió y le ayudó en el sustento económico.

En contra de las suposiciones del religioso, Marañón aún permanecería bastantes meses en Francia. En esos años, nuestro protagonista no perdió las esperanzas de regresar a España y volver a ejercer su cargo en la Catedral madrileña, intentando gestiones a través de diferentes intermediarios. En ese empeño, abordó la escritura de un libro, más bien un folleto, ampliando los detalles de su intervención en el Alcázar.

Cuando Marañón regresó definitivamente a España, en 1942, en su maleta no solamente llevaba las trece cuartillas en las que Vázquez Camarasa le contaba su peripecia de la *forzada emigración*, sino también su am-

plio manuscrito exculpatorio. En el mismo manifestaba que una vez terminada la guerra, a través de la Embajada de España en París solicitó autorización para su publicación, siéndole denegada en enero de 1940 por la Dirección General de Propaganda, considerando su contenido como *improcedente*.

El texto, concebido por Camarasa como defensa contra las insidias y calumnias que habían corrido sin trabas contra él en España, está orientado a dar respuesta a tres preguntas: “¿Cómo me encontraron los “rojos” y porque fui yo precisamente y no otro sacerdote el enviado al Alcázar?, ¿qué vi, qué dije, qué hice allí dentro? y ¿por qué razón no permanecí con los sitiados, y volví a la zona roja?”. Además respondía a los comentarios que tanto el padre Risco como Muro Zegrí y otros autores habían realizado sobre su intermediación, afirmando:

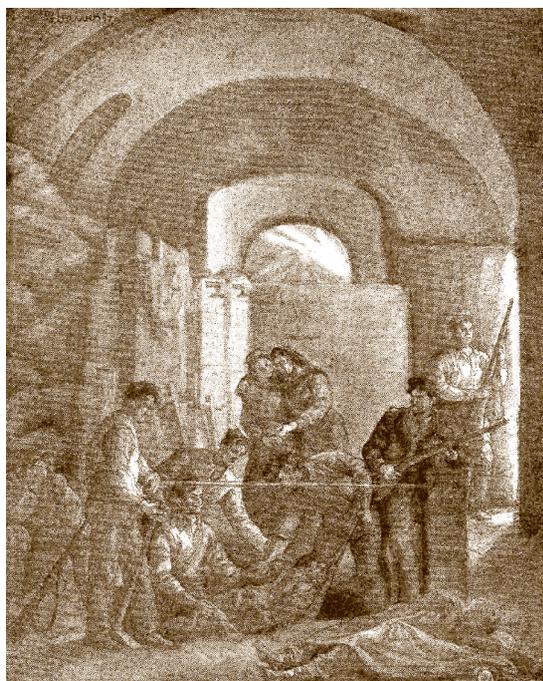
*Sobre mi intervención cerca de los defensores se han hecho y publicado comentarios tan equivocados, interpretaciones tan infundadas y detalles tan erróneos y aun calumniosos que han formado y difundido una injusta y calumniosa leyenda en torno a mi nombre. Es más; la ligereza e ignorancia de unos, y las pasionejas de otros, rebasando los límites del episodio de Toledo, y aprovechándose de él, han extendido esa leyenda a mi misma vida privada, y a mi ideología calificándome de “rojo”.*

Centrándonos en el núcleo de la controversia, saber si era cierto que ofreció o aconsejó una rendición a Moscardó, Vázquez Camarasa dice: “Ni la propuse, ni me pasó su idea por las mientes, ni hice la menor alusión a ella. Mientras se preparaba el altar en que había de celebrarse la misa administré el sacramento de la penitencia a algunos: siendo el primero el Coronel. Después, mientras seguíamos esperando, puse en sus manos una hoja escrita a máquina que me había entregado el Comandante Barceló<sup>18</sup>, y que decía así: “Instrucciones para caso de

evacuación del Alcázar. La evacuación de las mujeres, niños menores de 16 años, ancianos y reenes (sic) en su totalidad se hará por grupos de 20 personas, con intervalos de 5 minutos, siguiendo el itinerario que utilizó el Comandante Rojo y el Capellán”. Y en otros párrafos insistía en que de la confusión creada entre los conceptos *rendición* y *evacuación de mujeres y niños* fue la base de las interpretaciones contrarias a su persona.

Naturalmente da su versión del contenido de la homilía pronunciada durante la celebración religiosa, afirmando:

*Tengo un gran honor y una inmensa satisfacción en acudir al llamamiento de vuestro fervor religioso que desea un sacerdote. No pudiendo confesaros a todos individualmente por ser muchos y disponer de poco tiempo, voy a daros una absolución general. Es disposición necesaria para ella el arrepentimiento de vuestras culpas. Limpios y fortalecidos por él vais a ser sagrarios vivientes de Jesús, que es luz que ilumina todas las tinieblas de la vida, fuerza que triunfa sobre todas las amenazas y peligros, esperanza suprema para el que lucha y se sacrifica por el ideal del bien y de la justicia. Él va a recoger y sobre naturalizar todos vuestros dolores y sacrificios. Si en la naturaleza hay una fuerza que impide que nada se pierda y hasta los detritus con que se abonan campos y plantas se transforman en aromas y frutos, con cuan mayor eficacia ha de elevar y sobrenaturalizar Jesucristo vuestro fecundo sacrificio! Pues de esta plática tan clara y tan sencilla se ha hecho base y motivo de las acusaciones más persistentes contra mí: que al anunciarles y darles la absolución general quebranté la moral de los sitiados, porque los consideré ya como muertos; que prediqué el derrotismo; que les indiqué la rendición como único medio de salvarse etc. etc. En mi criterio y conciencia de sacerdote creí sinceramente que, llamado allí exclusivamente para prestar los auxilios de la religión, y dirigiéndome a almas que sólo buscaban en aquel momento unir-*



*Ilustración del traslado del cementerio a la piscina del Alcázar (J. Valverde).*

se íntimamente a Dios por la comunión eucarística, el tono que exigían mis palabras era un tono puramente espiritual y religioso; todo otro me hubiera parecido profano y ageno (sic) al momento y a las circunstancias. Pues sin duda en ese tono de espiritualidad y religiosidad descubrió el autor de "La Epopeya del Alcázar de Toledo" [el jesuita Alberto Risco] un terrible sentido de derrotismo y casi de traición. De otra manera ¿cómo hubiera podido escribir lo que ha escrito? ¿De qué palabra, frase o párrafo de mi alocución puede deducirse "que yo eché al río de mi oratoria por cauces tan pedregosos, y que no comprendí que pudiera abrirse a los sitiados otra puerta que la de la rendición?". ¿Qué cauces fueron esos? Hablar de Jesucristo como luz, vida y esperanza, exhortando al arrepentimiento del pecado ¿son cauces pedregosos? ¿Dónde, en qué momento aludí yo ni remotamente siquiera a la idea de rendición? Singular imparcialidad y extraña probidad histórica la de este historiador que hace afirmaciones tan graves sin apoyarlas en citas claras y precisas, como lo exige la justicia. Asimismo, ¿de qué concepto se puede deducir que para mí "cuantos me escuchaban eran unos reos de muerte, que muy pronto, tal vez al día siguiente se iban a ver delante del tribunal de Dios?". Yo no hablé de la muerte ni próxima ni remota, ni aludí para nada al tribunal de Dios. No fueron ciertamente mis palabras las que los daban ya por muertos, ni las que evocaron en los espíritus la idea de una muerte próxima; era el ambiente que allí se respiraba. Esto es, nada tenía de extraño que se agudizará en todos la idea de esa muerte, ante el peligro de cada momento que se corría entre aquellos muros bombardeados día y noche, amenazados por la explosión de una mina, y que habían sido ya sepulcro de no pocos. Esta persuasión de una muerte segura que en todos dominaba está claramente expresada en las siguientes palabras de uno de los más conspicuos defensores en el n.º del 6 de Octubre de 1936 del "Norte de Castilla": "Puesto que todos íbamos a morir allí, deseábamos una persona que nos prestase los auxilios de la Religión."

Llama la atención que cuando se refiere a las autoridades republicanas lo hace con el calificativo de gubernamentales, detalle que implica un reconocimiento de legitimidad. Por otra parte, no escatimaba numerosos elogios hacia la actitud tanto de Moscardó como de cuantos le acompañaban en la fortaleza, afirmando: "El



Recreación del ilustrador Kemer de la piscina de la fortaleza, donde se verificaba el enterramiento de los muertos durante el asalto.

heroísmo de los defensores del Alcázar de Toledo fue uno de los hechos más culminantes de la reciente guerra civil española. Nada más justo por ende que el tributo de admiración que el mundo entero le ha rendido". Añadiendo, en otro de los párrafos:

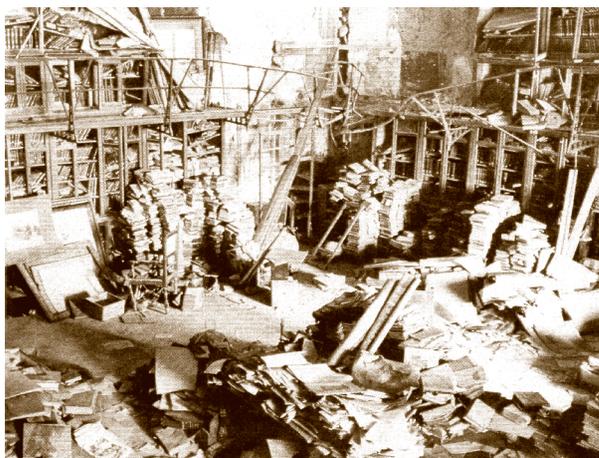
*Lector amigo: el Alcázar de Toledo quedará en la historia como el índice magnífico de las ascensiones gloriosas por las que un pueblo sube a las cimas de su conciencia recuperada, de la tradición que se purifica y de la fe religiosa que al implantar el reino de Dios en medio de las sociedades le da como añadiduras la prosperidad y la grandeza. Yo fui testigo de la energía moral, de la resistencia heroica, con que se estaba realizando la proeza inmortal. Y ningún juicio erróneo, ningún comentario adverso, ninguna falsedad injusta mermarán jamás mi honor y mi satisfacción de haber sido yo el sacerdote que en el momento fecundo de la gesta, y en*

*nombre de la religión penetró en el secreto del alma de los héroes, recogió las lágrimas de su emoción religiosa, rezó por los muertos gloriosos sobre la tierra misma que amorosamente los cubría, y ofreció por todos sobre el altar el valor infinito de la sangre redentora de Cristo.*

Y a la hora de concluir su defensa decía:

*En medio de las terribles circunstancias que me rodeaban, procuré cumplir con mi deber lo mejor que pude. Pero los caminos del deber están generalmente sembrados de espinas y amargas. En el mío la cosecha ha sido bien copiosa. Sobre mis rectas intenciones y buena voluntad he sentido la pesadumbre de las más amargas tribulaciones, y he visto levantarse el dolor de ver mi nombre apasionadamente discutido e injustamente calumniado. Pero no importa. Ante el altar de España, todos los buenos españoles han sacrificado algo, la tranquilidad, la hacienda, la vida... Pues allí he puesto yo también la ofrenda de mi dolor; y si allá, en las alturas donde Dios todo lo recoge y encauza a sus fines providenciales, por insignificante que sea, ese dolor ha podido contribuir, aún como pequeñísimo gramo de arena, a la prosperidad de España, con toda mi alma lo acepto y ofrezco para la grandeza de mi patria.*

Desconocemos cuantos borradores de este proyecto de folleto realizó el padre Camarasa. Luis Quintanilla afirma en su libro que una copia mecanografiada del mismo fue remitida al ya general Moscardó, para “acotarla y rectificarla de suerte que no se diese nada que no estuviese en completa armonía con la verdad” y él mismo dice poseer el original del texto, si bien apenas da detalles de su contenido. Una de esas pinceladas, re-



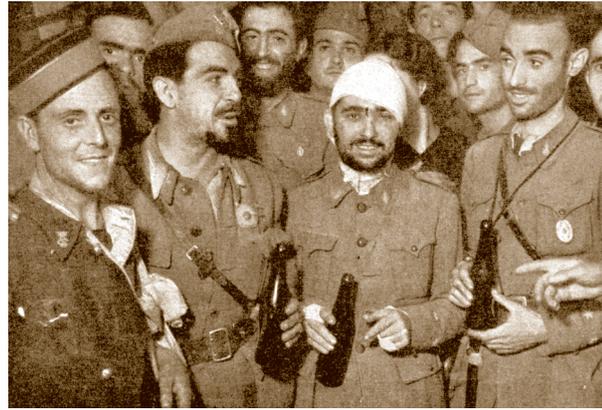
*Estado en que quedó la biblioteca de la Academia Militar tras el asedio.*

ferida a unos supuestos adjetivos superlativos a la “gloriosa espada del general Franco”, que Quintanilla resalta en su texto, no aparece en el manuscrito conservado por Marañón, en cuya consulta se ha basado este artículo. Por su parte, Manuel Aznar, en su obra *El Alcázar no se rinde*, reproduce dos párrafos del opúsculo de Camarasa, cuyo contenido referido al significado del valor de las mujeres recluidas en la fortaleza tampoco figuran en las cuartillas conservadas por don Gregorio.

En la primavera de 1946, el magistral cayó enfermo, siendo ingresado en el Hospital Saint-André de los Hospicios Civiles de Burdeos, donde falleció el día 8 de abril. Su protector, el padre Mendiola, le asistió en sus últimos momentos y se hizo cargo de los gastos del sepelio. Al entierro asistieron representaciones, entre otras, del gobierno de la República, de la UGT, del Partido Socialista, de las Juventudes Socialistas, de Izquierda Republicana, de los curas vascos en el exilio y el propio obispo de Burdeos. El padre Mendiola se convirtió en custodio de sus documentos hasta su fallecimiento en las primeras semanas de 1962.

Mientras tanto, en su pueblo natal, el nombre de la calle que le habían dedicado reconociendo su prestigio como magistral de Madrid en 1919 fue sustituido por el del general Franco, al igual que el centro educativo existente en la misma.

A pesar de los cuarenta años de dictadura, los comentarios contra Vázquez Camarasa no declinaron en el tiempo. Todavía en 1997, uno de los niños que el magistral pretendió evacuar, hijo de uno de los guardias civiles sublevados, escribió: “De su porte externo llamaba la atención el blanco refulgente y claro de su impecable camisa, el perfume que exhalaba y su bien peinada cabellera gris; en suma, su pulcritud insultante, comparando su aspecto con el nuestro; sucios, andrajosos, piojosos. Al verlo comprendí que no quisiera acompañarnos en el sufrimiento, en el cautiverio y en la muerte —que eso era entonces, en el aquel trance, el Alcázar—; el hombre no deseaba meterse en líos y fuera, por lo visto, no los tenía. [...] Cumplió en lo religioso. En la homilía ahondó y subrayó nuestra condición de cadáveres, todavía vivientes, e hizo trizas las pocas expectativas que su presencia había suscitado. Parco en palabras, aunque escogidas y aceradas, escocían más en su boca, precisamente por su condición [...] Puedo afirmar con rotundidad, y hablé al respecto con muchísimos refugiados y defenso-



Concluida la liberación arreciaron los testimonios contra la intervención del padre Camarasa. En las imágenes, los primeros liberados de la fortaleza tras la entrada de las tropas de Varela en Toledo.

res, que sus palabras ligadas a su estancia, fueron la peor vivencia del asedio. Torpedos disparados con precisión y seguridad a la línea de flotación del ánimo y de la moral de los sitiados en el momento más crucial de la defensa”<sup>19</sup>.

Afortunadamente, lejos de tan rencorosos sentimientos, recuperada la libertad y la democracia en España, la localidad de Almendralejo ha reivindicado la persona del magistral Vázquez Camarasa, con la constitución de una asociación cultural que lleva su nombre. También se ha descubierto en su honor un busto en bronce, obra del escultor extremeño Gabino Amaya (1896-1979), en los jardines de la parroquia de Nuestra Señora de la Purificación. La calle donde se encontraba su casa natal no ha recuperado su nombre, pero hoy está dedicada al Rey Juan Carlos I, si bien el sacerdote es recordado en una vía cercana. Por otra parte, el antiguo grupo escolar ostenta la denominación de Colegio Público “Ortega y Gasset”.

Cumplidos sesenta y cinco años de su fallecimiento, ha llegado la hora de borrar los adjetivos con que se quiso denigrar al magistral Enrique Vázquez Camarasa y bueno es hacerlo recogiendo unas palabras suyas en las que reivindicaba su derecho a defender su nombre frente a lo que no fuera verdadero ni justo: “ese derecho que da a todo hombre la Justicia, y que ratifica y bendice la Religión por la palabra de San Pablo: «Vigila y defiende la limpieza de tu nombre»”.

#### NOTAS:

<sup>1</sup> MAURY, André. El asedio del Alcázar. *Ejército*, número 262, noviembre de 1961, p. 45.

<sup>2</sup> QUINTANILLA, Luis. *Los rebenes del Alcázar*. París: Ruedo Ibérico, 1967, p. 155.

<sup>3</sup> *La Correspondencia de España*, 25 de junio de 1915.

<sup>4</sup> En su manuscrito no da ningún nombre, si bien en algunas publicaciones se apunta que pudo obtener la protección de Indalecio Prieto. Luis Quintanilla, por su parte, sugiere que el magistral era familia de una mujer refugiada en dichas dependencias que mantenía una relación con el comandante Luis Barceló.

<sup>5</sup> Cita recogida en las páginas 234-235 del libro *El sitio del Alcázar de Toledo* de Joaquín Arrarás y Luis Jordana de Pozas.

<sup>6</sup> *El Argonauta Español*, número 7, 2010.

<sup>7</sup> *El Socialista*, 12 de septiembre de 1936.

<sup>8</sup> *Libertad*, 19 de septiembre de 1936.

<sup>9</sup> *El Alcázar*, número 47, 11 de septiembre de 1936, p. 4

<sup>10</sup> MARTÍNEZ LEAL, Alfredo. *El asedio del Alcázar de Toledo*. Toledo: Editorial Católica Toledana, 1937, p. 149.

<sup>11</sup> RISCO, Alberto. *La epopeya del Alcázar de Toledo*. Burgos: Imprenta Aldecoa, 1937, p. 134.

<sup>12</sup> ARRARÁS, Joaquín y JORDANA DE POZAS, Luis. *El sitio del Alcázar de Toledo*. Zaragoza: Editorial “Heraldo de Aragón”, 1937, p. 212.

<sup>13</sup> *Ídem*, p. 235.

<sup>14</sup> ZEGRÍ, Muro. *La epopeya del Alcázar*. Valladolid: Librería Santaren, 1937, p. 318.

<sup>15</sup> TEBIB ARRUMI. *Florón el máspreciado: Alcázar de Toledo*. Madrid: Ediciones España, 1940, p. 43-44.

<sup>16</sup> La mujer consultada era la hija del coronel de la Guardia Civil Pedro Romero Basart.

<sup>17</sup> *ABC*, 13 de abril de 1956.

<sup>18</sup> El comandante Luis Barceló era miembro de la misma promoción del comandante Rojo en la Academia de Toledo. Republicano convencido desde el año 1931, se alineó junto al Partido Comunista tras el 18 de julio, asumiendo el mando de los sitiadores del Alcázar en el segundo mes del asedio. Durante los años 1937 y 1938 se distinguió en la defensa de Madrid. En las últimas semanas de la guerra apoyó el golpe del coronel Casado, pero luego se rebeló contra él. Fue apresado y fusilado el 24 de marzo de 1939.

<sup>19</sup> MORATA RODRÍGUEZ, Lorenzo. *En el Asedio del Alcázar ¿Fui yo un reben? Madrid: Fuerza Nueva Editorial S.A., 1997, p. 316-318.*